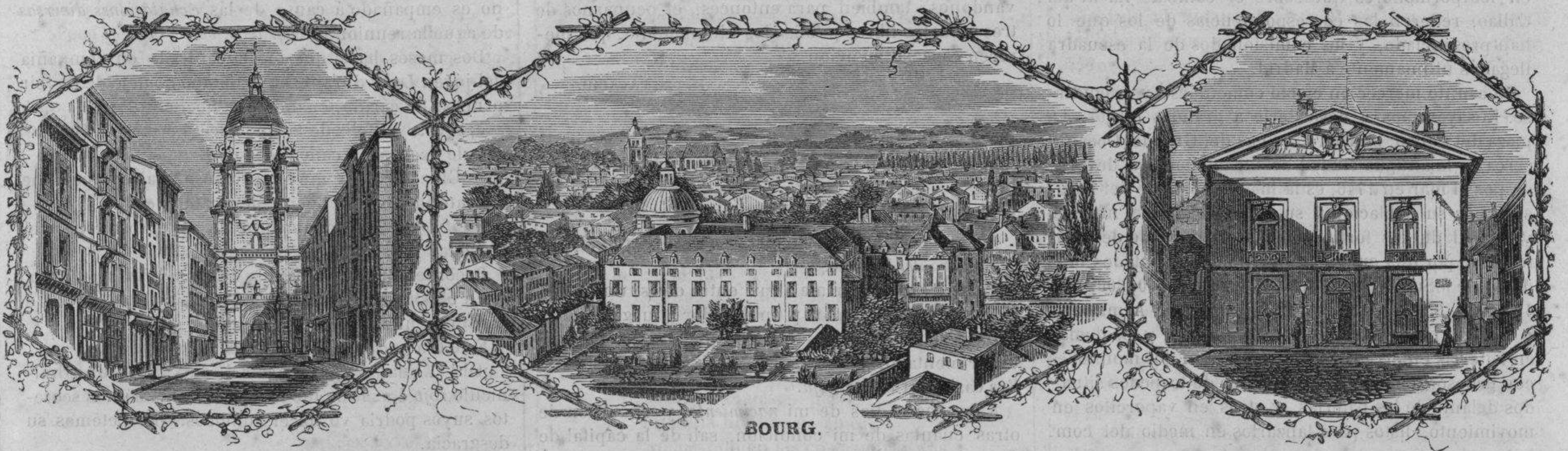


El Periódico ilustrado.



BOURG.

Año II.—Número 61.
DEL 17 AL 24 DE JUNIO DE 1866.

SUMARIO.—Bourg.—El Comendador Ratazzi.—Un sepulcro del Escorial.—La última avenida del Sena.—Revista de la semana, por Palacio.—A la sombra de un majuelo, por M. M. Matoses.—Las Golondrinas, por A. J. Perchet.—Una mañana de Mayo, por M. y Ruiz.—Estudios históricos: D. Luis de Escobedo, por Belza.—Los clavos rojos, por Ladevese.—Cúpula central del Palacio de la Exposición en Nueva-York.

LÁMINAS: Bourg.—El Comendador Ratazzi.—Cúpula del Palacio de la Exposición en Nueva-York.—Sepulcro de la infanta doña Luisa Carlota en el Escorial.—La última avenida del Sena.



CALENDARIO DE LA SEMANA.

- D. 17 San Manuel y comps.
- l 18 San Marco.
- m 19 San Gervasio.
- m 20 San Silverio.
- j 21 San Luis Gonzaga.
- v 22 San Paulino.
- s 23 San Juan, presbítero.

ADMINISTRACION, PASAJE DE MATHEU, 6.

EL PERIODICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.
SUSCRICION: Un año. Seis meses. **UN NÚMERO**
 Madrid. . . . 24 rs. 12 rs. **MADRID..... 4 cs.**
 Provincias. . 28 » 14 » **PROVINCIAS. 5 id.**
 Ultramar. . . 80 » 50 »

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Habíamos dispuesto publicar en la primera página de nuestro número de hoy, el retrato del distinguido marino Sr. Mendez Nuñez, cuya valerosa conducta delante del Callao ha entusiasmado á España, y llenará sin duda de admiracion aun á sus propios enemigos.

Pero como quiera que la premura del tiempo no ha permitido al grabador terminarle, le publicaremos en el número próximo, acompañado de algunos apuntes biográficos, y algunos detalles de su magnífico hecho de armas.

BOURG.

El grabado de cabecera de este número, representa la villa de Bourg, situada en el departamento de l'Ani, y cuya poblacion asciende á unos catorce mil habitantes.

Antigua capital de la Bresse, perteneció sucesivamente á los reyes de Borgoña, á los emperadores y duques de Saboya, y á Francisco I, que se apoderó de ella en 1535. Cedida algun tiempo despues á Emmanuel Filiberto, fué reconquistada por el mariscal de Biron, y definitivamente unida á la Francia por el tratado de Lyon.

Bourg, á pesar de su comercio y lo agradable de su situacion, carece del movimiento y la alegría que se encuentran en casi todos los pueblos de Francia.

Sus monumentos son en muy escaso número. El principal es la iglesia de Brou, desde la cual se domina la villa, como puede observarse en nuestro grabado del centro.

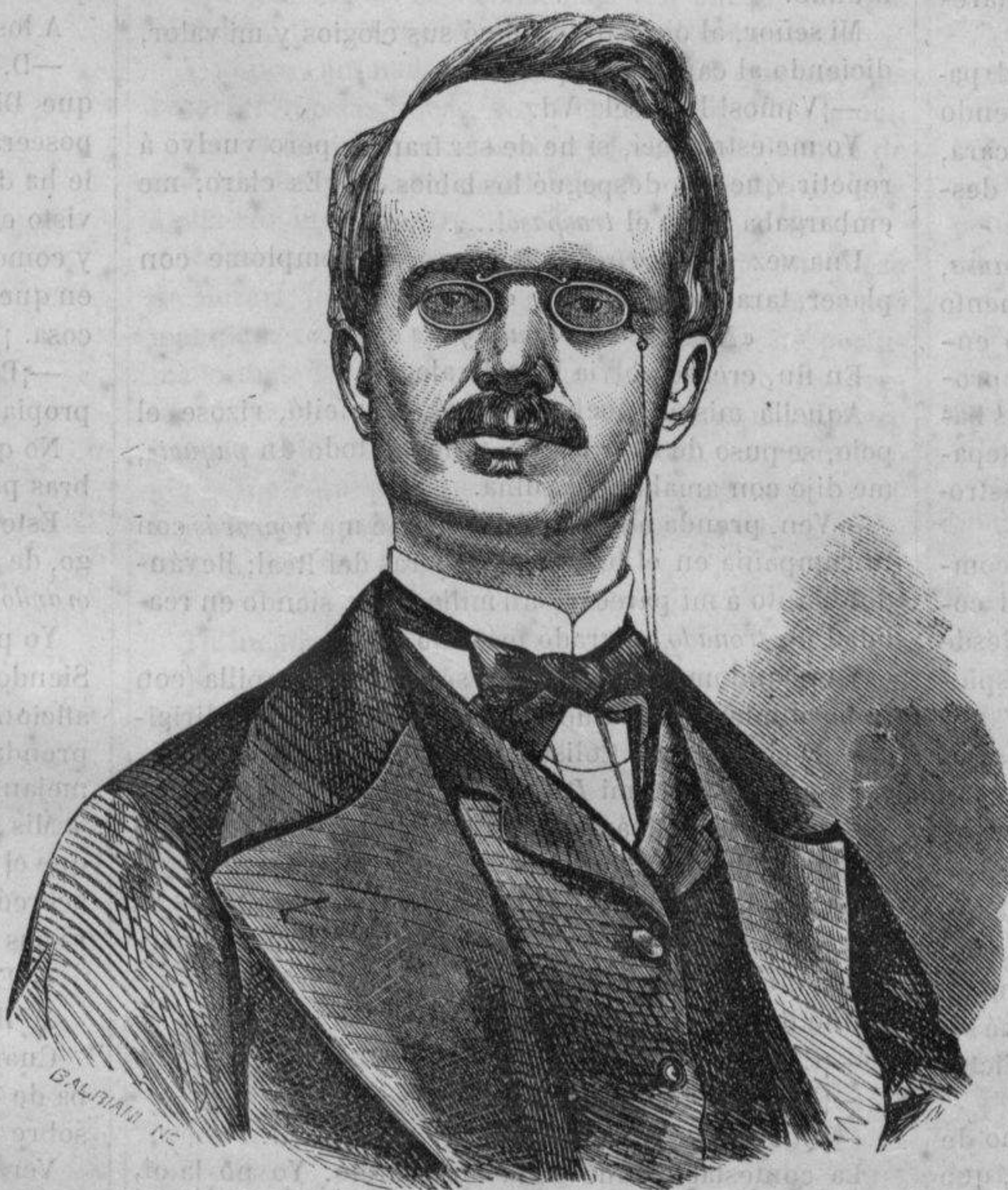
La iglesia de Nuestra Señora, que ocupa el medallon de la izquierda, á la extremidad de la calle que lleva su nombre, es una construccion de los siglos xvi y xvii, en la cual se emplearon 150 años; siendo, por tanto, un mosaico de diversos géneros de arquitectura, por más que los dominantes sean en el exterior el greco romano, y en el interior el gótico.

El hotel de villa, que aparece en el medallon de la derecha, es tambien un monumento notable, por más que sólo se remonta á 1771. Entre los edificios particulares, hay algunos mucho más antiguos, y que merecen llamar la atencion.

EL COMENDADOR RATAZZI.

El interés que inspira en la actualidad todo lo que se refiere á Italia, nos mueve á dar á conocer á nuestros lectores algunos de sus grandes hombres contemporáneos, entre los cuales figura el que presentamos hoy, conocido por el comendador Ratazzi.

Miembro de una distinguida familia, y notable por su talento hace ya muchos años, ocupa hoy uno de



LOS GRANDES HOMBRES DE ITALIA.

EL COMENDADOR RATAZZI.

los primeros puestos en la política de su país, distinguiéndose por la firmeza y energía de sus opiniones liberales.

La llama del genio que, á través de todas las vicisitudes y desgracias, no se ha extinguido jamás en Italia, brilla tambien en la nueva generacion que en estos momentos se apresta á luchar por su nacionalidad, y que acaso mañana será ejemplo vivo de lo que pueden el entusiasmo de un pueblo y la inteligencia de los que le guian por el noble sendero de sus aspiraciones.

En esa lucha que se prepara, Ratazzi ocupará sin duda alguna un brillante puesto; así lo hacen esperar sus antecedentes y el amor que profesa al suelo que le vió nacer.

UN SEPULCRO DEL ESCORIAL.

El que aparece en la última página, está copiado del que existe en aquel famoso monasterio, y que encierra los restos de la infanta doña Luisa Carlota, esposa que fué del infante D. Francisco, fallecido el año anterior.

Aunque del mismo género que los de la emperatriz Josefina y de la reina Hortensia, que publicamos dias atrás, merece llamar la atencion por lo severo de su arquitectura, digna de la ilustre persona que él reposa, despues de haber dejado en la tierra la memoria de sus virtudes.

LA ÚLTIMA AVENIDA DEL SENÁ.

El Sena, que corre tranquilo por medio de París, gracias á las grandes obras hechas para encauzarle, sobre todo en estos últimos años, suele, sin embargo, de tiempo en tiempo, hacer de las suyas y dar un susto á los habitantes de los arrabales y los pueblos vecinos.

No hace mucho han tenido ocasion de experimentarlo, como puede verse en el grabado final, los del pequeño puerto de Bercy, uno de los que tiene París, segun dicen graciosamente los parisienses.

La avenida, segun las señales, fué de consideracion, habiendo estado á punto de inundarse las bodegas de los grandes depósitos de vinos que allí existen. Es la primera vez que se hubiera visto al agua mezclarse con el vino por su propia voluntad.

REVISTA DE LA SEMANA.

Todo el interés de nuestro público está condensado en los pormenores que sobre el combate naval del Callao, refieren las correspondencias de los que lo han presenciado, y los comisionados de la escuadra llegados últimamente á Madrid.

El asunto merece en efecto comentarse y aplaudirse. Ensayaremos á describirle á grandes rasgos. La plaza del Callao, situada á orillas del Grande Océano, cerca de la antigua ciudad del mismo nombre, devorada por el mar en 1716, es la más importante del Perú, sino por su poblacion y su grandeza, por el número y calidad de sus fortificaciones. Su línea de defensa, formada por una curva de 4.000 metros, contados desde Norte á Sur, encerraba 96 cañones de 500, 300, 150, 100, 62 y 32; los de más grueso calibre de Armstrong y Blakeli, montados en torres blindadas, y los demás en baterías enterradas. También tenían dos monitores con gruesos cañones, y una cadena de torpedos situados delante de las baterías, y otros en vaporcitos en movimiento, listos para lanzarlos en medio del combate.

Pues bien; la escuadra del Sr. Mendez Nuñez, compuesta de siete buques, de los cuales no hay más que uno de hierro, ha conseguido en pocas horas de combate apagar los fuegos de todas esas fortificaciones, volar dos de sus torres, inclusa la de la Merced, en la que perecieron, además del ministro de la Guerra peruano, gran número de jefes y oficiales, y destruir ó inutilizar los monitores y torpedos, sin haber perdido una sola embarcacion, ni haber sufrido más bajas que 52 muertos, y poco más de 100 heridos.

El número de proyectiles disparados por la escuadra ha sido el de 5.778, ó sean 14 por minuto, habiendo sobresalido la *Almansa*, que con 48 cañones hizo 2.472 disparos, suma que parece increíble, y que prueba la habilidad y arrojo de sus artilleros. Entre los heridos se cuenta el almirante Sr. Mendez Nuñez, que estando examinando las maniobras con el anteojo recibió una bala que, al pasar por debajo del brazo, le llevó un pedazo de carne de éste y otro del pecho, sin tocar milagrosamente á las costillas, con otros golpes de ménos consideracion causados por los astillazos; el Sr. Topete, comandante de la *Blanca*, herido también en el brazo izquierdo, y el alférez de navío D. Félix Bastaneche. Entre los muertos se hallan dos jóvenes guardias, los Sres. Godínez y Rull, y algunos soldados de infantería de marina.

Tratándose de españoles y de marinos, casi es inútil decir que durante el combate ha habido rasgos de valor dignos completamente de la antigüedad. Citaremos dos de los principales.

El brigadier Mendez Nuñez, al volver en sí del paroxismo que le produjo su herida, exclamó viendo que le conducían á su cámara:—«Tapadme la cara, para que no me vea la gente y desmaye.» Poco después seguía mandando la batalla.

En lo más recio del combate, la fragata *Almansa*, tripulada por jóvenes procedentes del departamento del Ferrol, embarcados por primera vez, se vió envuelta en un incendio de grandes proporciones, producido por una granada que estalló en una de sus baterías. El fuego se comunicó rápidamente al antepañol de pólvora, y una vez incendiado éste, la catástrofe era segura.

El oficial que mandaba la fuerza destinada á combatir las llamas, pidió permiso por dos veces al comandante del buque para inundar el pañol desde luego, medio único de que no se verificara la explosión. El comandante no otorgó el permiso.

Sin embargo, el peligro crecía; las llamas rodeaban ya aquel inmenso depósito de pólvora, y el oficial creyó de su deber ir en persona á tomar la vena del comandante para abrir los grifos. Su contestacion fué ésta: «yo no mojo hoy la pólvora; que se apague el incendio, ó volaremos.»

Ante rasgo tan heroico y sublime, la tripulacion se enardeció; redobló sus esfuerzos, y el incendio fué sofocado. El nombre de tan bizarro marino, es D. Victoriano Sanchez y Barcaiztegui.

Para concluir; el ataque del Callao ha sido uno de los más brillantes triunfos de nuestra armada, que tan grandes ejemplos de heroismo ha dado en todas épocas.

Después de estas interesantes noticias, que estamos seguros cautivarán el ánimo de nuestros lectores, no

creemos justo descender al prosaismo de la vida social, y darles, á guisa de sainete de tan magnifico drama, las que sobre teatros y cosas locales nos suministra la crónica diaria.

Dejamos, pues, para otro día tan pobre tarea; reservándonos, también para entonces, el ocuparnos de tres ó cuatro libros publicados últimamente, que merecen especial mencion.

M. DEL PALACIO.

A LA SOMBRA DE UN MAJUELO,

HISTORIAS ABORTADAS.

Nací en la bohordilla de un caseron de París, sito en la *Barrera del Infierno*.

Coadyuvaron á darme á luz, entre otros, un engarzador, un pulimentador y un dorador á fuego.

De recién nacida era tan bella, que fascinaba al más experimentado.

Era casi, casi una *alhaja*.

A los pocos días de mi nacimiento, y en union de otras cuantas de mi condicion, salí de la capital de Francia, conducida por uno á quien varias veces oí llamar *Contrabandista*, y llegamos á esta nueva corte de los milagros, vulgo Madrid, dos días después.

Mi conductor nos llevó á una casa de la calle del Carmen, cuyo dueño, después de examinarnos atentamente, le dijo:

—¡Vaya! que se queden en casa.

En aquella mansion me quedé efectivamente; y sus amos me colocaron á la vista del público, exclamando al hacerlo:

—¡Vosotros atraeréis gente!

Yo, lo mismo que mis compañeras, no despegué los labios. ¿Y cómo? Era de todo punto imposible.

Desde el momento en que fui exhibida á la vista del público, mil y mil ojos se fijaron en mí; bien es verdad que yo, sirena engañadora, no cesaba de moverme, para atraerlos con mi brillo. ¡Cuántos me ambicionaron! ¡Cuántos hubieran empeñado la camisa por poseerme! ¡A cuántos oí exclamar: «divina, magnífica» y otros epitetos por el estilo!

Mi amo estaba contentísimo de mí. Los curiosos no le dejaban reposar ni un momento. No hacían otra cosa que preguntarle:

—¿Y esa?... ¿Cuánto?...

Mi dueño les contestaba no sé qué palabras sibiticas; y ellas salían cabizbajos unos, con remordimiento otros, todos con notoria tristeza.

Al fin un *dandy* y *cursi*, dijo que quería poseerme, aunque le costara hacer el mayor sacrificio del mundo.

Mi señor, al oír esto, duplicó sus elogios y mi valor, diciendo al caprichoso pollo:

—¡Vamos! llévesela Vd.

Yo me estremecí, si he de ser franca; pero vuelvo á repetir que no despegué los labios.... ¡Es claro; me embargaba tanto el *traspaso*!....

Una vez el *Narciso* en su casa, contemplóme con placer, tarareando aquello de:

«*Nadie te adora cual yo te adoro.*»

En fin, creí se volvía loco de alegría.

Aquella misma noche se lavó, se afeitó, rizóse el pelo, se puso de *tiros largos*, y hecho todo *en paquete*, me dijo con amabilidad suma.

—Ven, prenda adorada, esta noche me honrarás con tu compañía en el baile de máscaras del Real; llevándote junto á mí pareceré un millonario, siendo en realidad un *tronado* en grado máximo.

Y tomándome con suavidad se puso una capilla (con remordimientos de que no fuera capa), y nos dirigimos hácia el Régio Coliseo.

Ya en el salon, mi D. Juan empezó á pasearse con violencia, zarandeándose y oscilándose con objeto de que llamara la atencion.

En efecto, muchos fijaron sus miradas, muchos le estrechaban con ternura (ternura que él aseguró partía de mi esbeltez.)

Uno de ellos le dijo en voz alta.

—¡Chico! ¡Es soberbia!

—¡Hombre! ¡Soberbia, no!

—¡Qué guason eres! Vamos, ¿y cuánto?....

La contestacion fué dada en secreto. Yo no la oí, aunque la presumí por la siguiente respuesta del amigo.

—¡Chico! Lo merece....

—Gracias.

A pesar de comprender se trataba de mí, no despegué los labios, ¿y cómo? Era de todo punto imposible.

Continuamos dando vueltas por el salon, y próximo ya Febo á asomar las narices, nos retiramos á casa, mi pollo un sí es no es molido, y mi brillo un sí es no es empañado á causa de las *exhalaciones diversas* de aquella reunion *coreográfica*.

Dos meses haría que me encontrada en compañía del joven *Leon*, durante cuyo tiempo no dejé de recibir pruebas de cariño, cuando una noche....

«¡Ay!.... ¡Infeliz de la que nace hermosa!» Oí que éste le decía á un camarada suyo.

—¡Chico! Yo soy muy caprichoso, ya lo sabes, me he cansado de esta buena pieza y te la cedo.

Un *frio glacial* se apoderó de mí, ¡Abandonarme! ¡Pérfido!

Recordé entonces la fábula de *La mariposa y el lirio*, y sin chistar me entregué en manos del que pasaba á ser mi segundo dueño.

Este era periodista ministerial.

¡Oh! ¡Y cuánto podría decir de su vida, si un administración *rojo* ó *azul* no me lo impidiera! ¡Cuántos secretos suyos podría yo hacer públicos!—Respetemos su desgracia.

Mi permanencia en su poder fué de un mes, al cabo del cual, un día en que se encontraba sin un céntimo, me tomó, exclamando al dirigirse á mí:

—¡Prenda mía! Las lágrimas asoman á mis ojos. Forzoso es que nos separemos. Las vicisitudes del hombre no le permiten siempre conservar los recuerdos de sus amigos más caros. ¡Perdon! ¡Perdon te pido! Es indispensable que yo te abandone. ¡Cómo ha de ser! Yo te colocaré lo mejor posible.

Salí entonces de su casa adherida á él, y llegamos un cuarto principal de la calle del Meson de Paredes, donde contemplé el siguiente letrero, notable por la correccion de estilo que distingue á casi todos los de esta muy heroica villa:

Seda Dineño so Vre alagaS.

Al cumplir un año de permanencia en esta *inclusa*, el que daba dinero *so Vre alagaS*, llevóme á cierta casa, y presentándome una escuálida *dueña*, exclamó:

—Te entrego esta *buena pieza* para que saques de ella todo el partido posible. Es muy linda y no será difícil que cargue con ella cualquier tonto, pues yo, que no tengo un pelo de idem, la adquirí con la mayor candidez.

Al verme de tal modo prostituida monté en cólera súbitamente. A pesar de todo fui prudente, y no despegué mis labios; ¿y cómo? Era de todo punto imposible.

Aquella misma tarde salió mi *Celestina* en busca de quien me quisiera.

A los pocos pasos encuentra un amigote y le dice.

—D. Braulio, tengo en poder mio la cosa más bonita que Dios ha echado al mundo. Por poco dinero la poseerá Vd. Estoy segura de que en cuanto la vea le ha de gustar. ¡Vamos! ¡Si es lo más divino que he visto en vida! Me la ha proporcionado el Sr. Eustasio, y como reveses de fortuna la han traído á la situación en que se encuentra; se proporciona por muy poca cosa. ¡Vamos! ¡Anímese Vd.!

—¡Pero mujer! Si ya soy viejo, y esas cosas son más propias de jóvenes.... En fin: veámosla.

No quiero cansar á Vds. mucho. A las pocas palabras pasé á poder del sesentón D. Braulio.

Este me llevaba todas las noches á una casa de juego, de donde salía, ora triste, ora alegre, pero nunca *orando*.

Yo presumía la suerte que me estaba reservada. Siendo D. Braulio jugador y siendo esta clase de gente aficionada hasta el punto de perder sobre el tapete la prenda más cara, ¿cómo había de librarme yo de semejante vicisitud?

Mis presentimientos se realizaron. y uno noche en que el viejo maula se quedó limpio de *polvo* y *paja*, acercóse al *banquero*, y con temor de que yo escuchara sus palabras, balbuceó á su oído:

—¡Esta por treinta duros! ¡A la sota de oros!

D. Braulio perdió la sota y yo el sentido.

Cuando lo volví á recobrar, me encontré en la alcaoba de una casa perfectamente amueblada. Recapacité sobre mi situación.

Verme abandonada, separada de D. Braulio, ¿y por qué? Por una.... sota. Sota al fin.

Levantóse mi nuevo dueño, y su primera operacion fué contemplarme detenidamente, examinarme, y entonces....

«¡Ay! Infeliz de la que nace pobre;» vi que ébrio de cólera, esclamó fuera de sí y ahogado por la ira.

—¡Falsa! ¡Falsa!!

Y abriendo con impetu el balcon, me plantó, como suele decirse, de patitas en la calle.

Exaltóme esta accion hasta el punto de que estuve por decirle cuatro picardias; pero nada de eso, ni siquiera despegué mis labios; ¿y cómo? Era de todo punto imposible.

Poco tiempo hacia me encontraba en medio del arroyo, cuando uno á quien creí traperero, *buscon*, ó cosa parecida, me recogió llevándome en su compañía á una especie de *chisquero*, donde habitaba.

Mas triste fué allí mi suerte que lo habia sido hasta entonces.

Unos hombres armados de herramientas me aguardaban para cebarse en mí bárbaramente.

Uno de ellos me cogió, me dislocó, me trituró, separó una por una las piezas de que me componia, é introduciéndome en una pequeña caja de madera, mo sepultó en uno de los cajones de su *mesa-taller*.

Al hombre á quien yo suponía monedero falso, debo el favor de haber puesto sobre la tapa de la caja donde me depositó, la inscripcion ó epitafio siguiente:

«*Aquí yacen los restos mortales de una cadena de doblé.*»

MANUEL MATOSES.

LAS GOLONDRINAS.

I.

A la orilla sentado
de la arenosa playa
donde la mar sus olas
rompe en espuma de brillante plata.

Contemplo el horizonte
do quier mi vista alcanza,
perdiéndose á lo lejos
entre la densa bruma de las aguas:

Y allí el bajél errante
con sus tendidas alas
como esbelta paloma
que se mece gentil mientras se baña.

El sol corre á ocultarse
detrás de las montañas,
y en torno presurosa
la noche esparce su flotante gasa.

La postrimera lumbre
indefinible y vaga
del crepúsculo triste,
luce más viva al apagar su llama.

Así tan rico brilla
en la existencia humana
el soplo del espíritu
cuando el mortal padece últimas ansias.

En el espacio entonan
su despedida amarga
las dulces golondrinas,
al moribundo día que se acaba.

Mil círculos haciendo
inquietas, azoradas,
se pierden en las nubes,
llevando al cielo su doliente cántiga.

—«¡Oh luz! ¡Oh luz que mueres!
Contigo muere el alma
del ave que te adora
pues sin tí, vida, amor, todo nos falta.»

Corre á esconder tu pena
en el nido de ramas
que del antiguo muro
se abriga entre las piedras descarnadas.

Y cuando el nuevo día
penetre en tu morada,
dichosa el canto eleva
bendiciendo la luz de la mañana.

II.

Ya vienen avanzando
del viento ante las ráfagas,
las nubes del otoño
velando el cielo con sus tintas pardas.

Ya vuelan desprendidas
sobre las tierras áridas
las hojas que antes fueron
del tronco erguido el ornamento y gala.

Ya las potentes olas
con nueva furia braman,
y de la débil nave
la existencia, traidoras amenazan.

Hendiendo los espacios
la golondrina ráuda,
en bandos numerosos
á buscar vá la luz de otras comarcas.

Veloz cruza los mares,
y en las opuestas playas,
modula himnos de amores
reposando en las costas africanas.

El cielo aquí te ofrece
de luz brillantes llamas;
luz eterna, infinita,
del sol que alumbra las arenas cálidas.

—«¡Oh luz! ¡Oh luz, no mueras!
contigo muere el alma
del ave que te adora,
pues sin tí vida, amor, todo le falta.»
(Málaga, Junio, 1865.)

AUGUSTO JERÉZ PERCHÉT.

UNA MAÑANA DE MAYO.

A X...

I.

Yo soy un soñador, un visionario, segun mis amigos.

Soy tambien un hombre excéntrico y veleta, segun las muchachas que me conocen.

Y aquí te ruego, bella incógnita, que no tomes en consideracion este cargo, que tus colegas me dirijen, hasta despues de haber oido á las dos partes.

—Pero cuando el rio suena... dirás tú.

—Ciertísimo es el adagio; mas ten en cuenta que el murmullo del rio se reduce á una *murmuración*.

Y ahora, animado por la esperanza de que tus ojos recorrerán estas líneas, voy á decirte cómo te conocí.

Un día festivo, por la tarde, pasaba por delante de una iglesia, y llamándome la atencion la multitud que á ella concurría, entré.

No me pesó. La armonía conmovedora de una pieza de Mozart; los himnos y cánticos que, entonados por magníficas voces, y envueltos en una nube de perfumado incienso, subian al trono del Altísimo; las graves y magestuosas ceremonias de que aquel austero palacio de la Divinidad era testigo; todo esto reunido, al producir un hondo sentimiento de respeto en mi alma, elevó mi espíritu á las aéreas regiones de la meditación.

Por último, alcé la cabeza y te ví.

Tu incomparable belleza me cautivó.

Vi tu rostro, irradiando inefable ternura; ví tus labios trémulos, que murmuraban una plegaria, y no pude resistir á tan santas y magníficas seducciones.

¡Cuán bella está una mujer que ora!

¡Ah!... Una hermosa sin fé, es como la floresta sin rocío; como la flor sin perfume; como la armonía sin eco.

Admiré entonces la omnipotencia de Dios, y le bendije en sus obras.

Poco despues te levantaste y saliste.

Yo te seguí maquinalmente.

En la calle te esperaba un lacayo que, con el sombrero en la mano, abrió la portezuela de un lujoso carruaje.

—Ya sabia yo, dije para mí, con sin igual compla-

cencia, que la mujer que lograrse hacer latir mi corazón, estaria muy sobre el nivel de las demás.

Nada hay tan dulce para un amante, como la idea de que su idolo domine á la vez en su corazón con su belleza y virtudes, y en el de los extraños con su bondad y poderío.

Al entrar en la carretela, reparaste en mí, y me miraste.

Quizás al notar mi vista fija é inmovil, como la del que ve y no mira, dirias tú tambien: —«Es un soñador.»

Luego la carretela partió rápidamente.

Bella, virtuosa, rica, y envuelto tu nombre y existencia en un poético misterio, puedes formar idea de los pensamientos que me inspirarias.

Porque para mí es siempre grato lo imposible, y bello lo desconocido...

II.

Antes de pasar adelante, quiero responder cumplidamente á las imputaciones que algunas mujeres me dirigen.

Hé aqui lo cierto:

A días, las rubias son para mí el *non plus ultra* de la belleza.

A temporadas, me hacen enloquecer las morenas.

En ocasiones, soy ecléctico, y me atraen las pálidas de un modo irresistible.

Por esto me llaman *veleta* unas y otras.

—Pero señor, exclamo yo; ¿no comprenden estas muchachas que voy, á imitacion de Diógenes, buscando una mujer? ¿No echan de ver que, ya que no puedo encontrar la unidad de la belleza, busco incesantemente la belleza en la variedad?

Quiero suponer, y como tú, bella desconocida, comprenderás, es una suposicion absurda de puro gratuita, que todas las mujeres que he tratado, y que tan duramente me tratan, no tenian ninguna tacha física.

Pero unas eran infieles; otras orgullosas; muchas hipócritas; las más egoistas; algunas muy locas; otras...

Prefiero no continuar; si lo hiciese, este catálogo se aumentaria indefinidamente.

¡Encontrar á todas las mujeres defectuosas, es muy cruel para quien, como yo, busca la perfeccion!

Sólo tú, mi hermosa X..., podrias llenar el vacío que hay en mi alma.

Porque no me habitúo á creer que pueda aplicarse á tí la idea de que «una mujer hermosa, gana tanto en dejarse ver, como pierde en dejarse conocer.»

III.

Mi decantada veleidad se extiende tambien á los menores actos de la vida privada.

Sin ir más lejos, no há mucho me dió la ocurrencia de madrugar de un modo inverosímil.

Verdad es que no podia hacerlo en época más á propósito.

Mediaba Mayo; las auras matinales, el perfume de las flores, la húmeda frescura de la tierra templada con los nacientes rayos del sol; todo esto me recompensaba con largueza del sacrificio que á mi indolencia exigia.

Uno de estos dias me dirigí al Retiro.

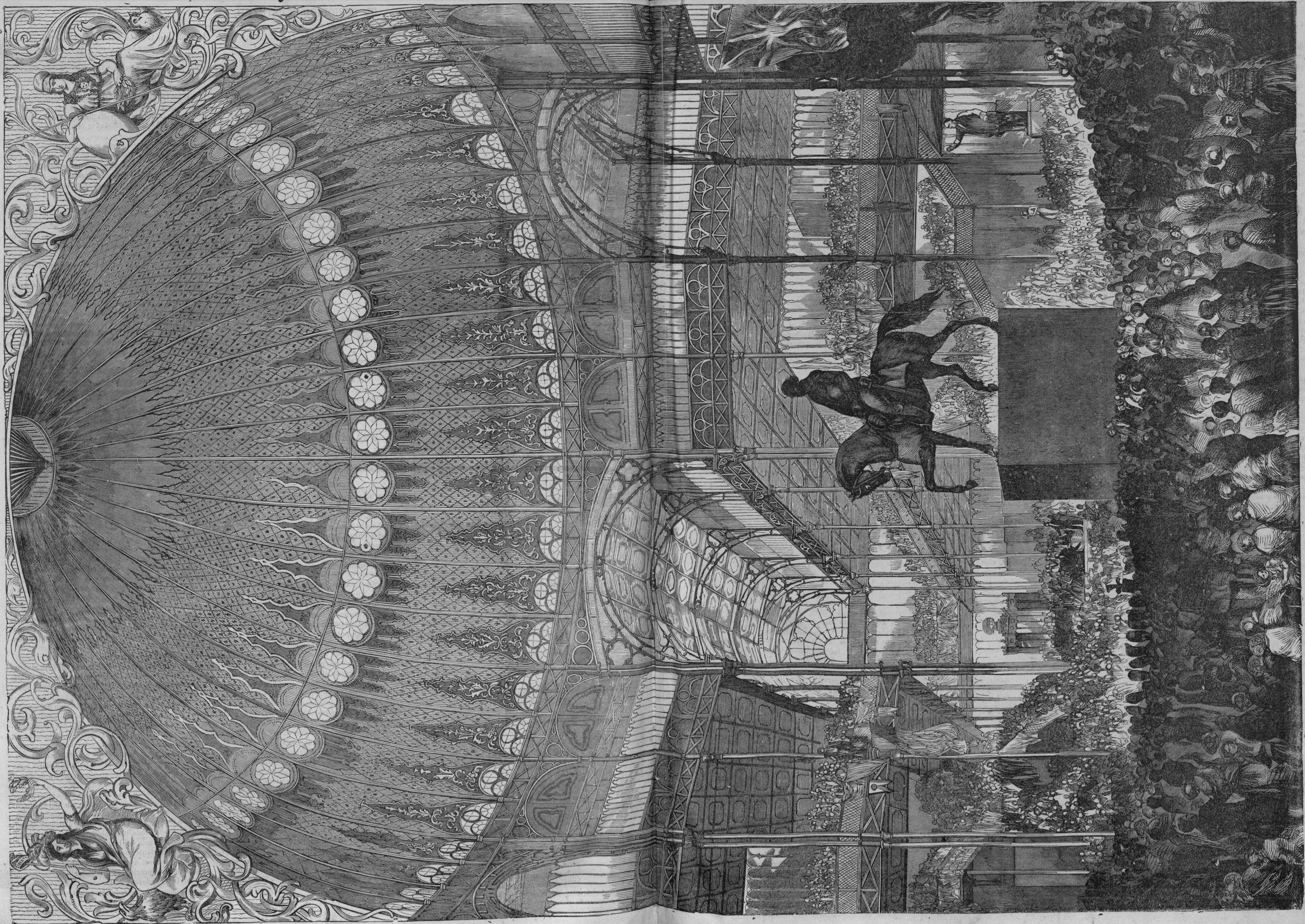
Yo no sé si miraba aquella vegetacion bajo el prisma del tranquilo gozo que me embargaba, ello es que tenia para mí nuevo aspecto, un encanto jamás apercebido.

Sentia bajo mis piés la suave impresion del césped, como en mi pintoresco valle de Aragon; los tornasolados rayos del sol medio interceptados por copudos árboles, hacian brillar como chispas de diamantes las gotas de rocío que cubrian la yerba; las frescas brisas matinales rizaban levemente la superficie del estanque; el hermoso cielo de Madrid se veia diáfano y sin que la menor nubecilla le empañase, no era dable un espectáculo más riente y seductor.

No veia los raquíticos árboles de copa recortada y esférica que siempre me han hecho tan mal efecto, ni los ingeniosos arabescos de césped, que nunca he considerado más que como unos objetos artísticos. Aquello era únicamente la naturaleza en todo su armónico desorden; la mano del hombre no habia amenguado su belleza al intentar aumentarla.

Porque para mí nunca lo artificial será fuente de inspiraciones; aprecio más una florecilla silvestre que todo un invernadero.

El corazón parecia predecirme algun dichoso acon-



CÚPULA CENTRAL DEL PALACIO DE LA EXPOSICION, EN NUEVA-YORK.

tecimiento; tenía en él una fé ciega y lo esperaba.

Al desembocar en una plazoleta por una larga calle de árboles, te vi sonriente como la pasada aurora, risueña como mis esperanzas, radiante de luz y hermosura como la mañana de aquel venturoso día.

Ibas sola y te dirigiste á un banco de piedra, que en medio de aquella plazoleta habia.

Al llegar junto á tí, te saludé respetuosamente y me senté á tu lado. Mi gozo no reconocía límites; sólo lo amenguaba el temor de que te hubiese disgustado mi atrevimiento.

Mas luego comprendí que semejante temor era infundado; tu afabilidad me daba derecho para creerlo así.

Te hablé de la magnificencia de la naturaleza, del soberbio espectáculo que presenciábamos, de la felicidad que el hombre podría disfrutar sino persiguiese á vanos fantasmas que toman su brillante vestidura.

Este era mi exordio.

Tú te manifestaste conforme á las ideas que en él enunciaba, y me preguntaste que cuales eran esos fantasmas.

—La ambicion, la riqueza, la gloria y aun para algunos, el amor, respondí.

—¡Fantasma, la gloria! ¡Ilusion, el amor! La gloria que eterniza la memoria humana, el amor que es el soplo infundido por Dios, que hace al hombre semejante á *Él*; que, bien sea origen de su felicidad ó de sus desdichas, es siempre inagotable venero de nuevos goces para el dichoso, de saludable bálsamo para el desgraciado; el amor, que sublima las almas grandes, que regenera las que se han hundido en el polvo mundanal; el amor, de quien ha dicho una Santa, que si Satanás lo sintiese no habria infierno... ¿Podrá ser una quimera?

¡La gloria, el amor! ¡Cuán caras me eran tan nobles pasiones, al escuchar su apologia en boca de la que me hacia envidiar la primera, y me inspiraba la segunda!...

Sin embargo, no quise darme por vencido.

—Esa nube de azul y oro, exclamé; esa eterna pesadilla de las almas grandes, la gloria, en fin, ¿qué recompensa da á los que la buscan? La desgracia, la miseria, el martirio. La justicia que la posteridad les hace se reduce á una estéril admiracion. ¿Y el amor? ¿Qué es segun los grandes razonadores modernos? Una pasion como otra cualquiera, una tontería sublimes una palabra vacía de sentido, una locura de las almas sensibles y soñadoras.

—Confieso en tal caso, exclamaste tú, que si eso es cierto, yo tambien poseo una alma soñadora.

—No falta quien me tacha de lo mismo. Y aquí hice una alusion á mi encuentro contigo.

Tú sonreíste.

Y sentí una cosa inesplicable, grata, un acceso de felicidad de que nunca me habia formado idea al contemplar aquella sonrisa. Trémulo, agitado por la más viva emocion, caí á tus piés.

Y todo lo que me rodeaba pareció trasformarse ante mis ojos.

Innumerables pájaros de vistoso plumaje llenaban el espacio con sus dulcísimos cánticos; las aurás me envolvian en una atmósfera de enloquecedores perfumes; el murmurio de las hojas de los sauces alhagaba mis oídos con misteriosas y nunca sentidas armonías; el sol templaba sus rayos, creia ver aladas silfides ocultándonos con sus matizadas túnicas... todo era seducción, goce, felicidad.

La naturaleza entera parecia haberse convertido en un inmenso templo de nuestro amor.

Y en tus purpurinos labios seguia dibujándose la más celestial sonrisa, que jamás ha embellecido á criatura humana...

IV.

Estoy seguro, mi linda incógnita, que si no me has olvidado enteramente, y has pasado la vista por las anteriores líneas, habrás interrumpido más de una vez la lectura de mi relato para exclamar:

—¡Pero este hombre miente sin temor de Dios! ¡Yo no le he visto más que una vez y ahora forja una novela!

Cuanto dices es cierto.

Pero lo que yo he contado tambien es verídico.

Recordarás que, entre otras cosas, dije anteriormente, que en una ocasion me dió la humorada de madrugar.

—Lo hice durante siete dias.

Al octavo no se acordó mi fámulo de despertarme. ¿A que no adivinas cómo castigué su olvido?

—¿Y á mí qué me importa? responderás tú.

Quiero decírtelo; al despertar le dí un abrazo y una moneda de dos escudos. Era porque mientras debia haber estado paseando soñé que lo hacia, y soñé tambien lo que habrás leído anteriormente.

Sólo en sueños es posible una felicidad semejante. Pero tal felicidad fué completa para mí, porque yo, como el bardo *Cædmon*, vivo realmente en los sueños, soñando encuentro mi bello ideal, de los sueños saco la idea primitiva de mis inspiraciones. Lástima es que el mio durase tan poco... ¡Pero hay tantas cosas que valen más y duran menos aun!...

B. MEDIANO Y RUIZ.

LOS CLAVELES ROJOS,

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

XIII.

El juramento.

—Puesto que quieres saberla...

Continuó Almanzor.

—Si: contadla.

—Pues, oye.

—Ye nació en Granada. Mis padres me querian entrañablemente. Desde muy niño conocí á Zoraida, y jugaba con ella en sus jardines, y desde muy niño tambien, una oculta pasion hácia ella creció en mi pecho. Nuestro placer era inmenso, al vernos juntos, al jugar juntos... al respirar juntos. Mas ¡oh dolor! Apenas contaba yo quince años, apenas habia aprendido á empuñar la lanza, cuando mi padre fué arrebatado de este mundo por el torbellino de la guerra. La madre de quien me tuvo murió de dolor, pues amaba á su señor con todo el amor de su alma. Desde entonces empezaron mis desgracias. Viéndome en el mundo solo y desamparado, necesitaba un corazon en que cifrar los afectos del mio. Entonces me acordé de Zoraida, y la dije mi amor; ella me juró el suyo, y ambos fuimos el uno del otro. Los dias me parecian instantes... las horas me parecian volar... Mas yo necesitaba con que vivir, y entré á formar parte en las tropas del rey. Varias veces fui á la guerra, y los momentos que pasaba lejos de mi amada, eran siglos para mi corazon. Llegó por fin el día del dolor, en que un rival apareció ante nosotros. Era jefe; yo, simple soldado. Una tarde despues de concluido un combate, en que cogí una bandera á los cristianos, ese rival me llamó á un apartado bosque. Yo iba desprevenido, y ni sospechaba si quiera en el otro villanía. Mas él, apenas entramos en el bosque, descargó con su alfanje tan fuerte golpe sobre mi cabeza, que me dejó sin sentido en medio de cadáveres cristianos, y me arrancó unos claveles rojos que, como prenda del amor de mi Zoraida, llevaba en el pecho.

—¡Es un cobarde quien tal hizo!

—¡Y traidor!

Murmuró el jóven.

—Seguid con vuestra narracion.

—Con las brisas de la mañana recobré el sentido y despues de mil trabajos y sudores, y con una herida en la cabeza, llegué á Granada, mas antes de entrar en la ciudad me cogieron dos ginetes. Poco despues despertaba en una cárcel. Lo demás ya lo sabes...

Dijo Almanzor con acento desfallecido.

—Ahora, prosiguió éste, ¿quieres saber quién fué el rival que así me ha tratado?

—Si, decidmelo...

—Pues es... Ali-Hassem, tu señor...

—¡Ali-Hassem!...

—Si: el mismo.

—Y por eso me ha mandado despeñaros!...

—Por eso solamente.

—Es una cobardía.

—Razon tienes: sólo un traidor hace eso.

—Ya os compadezco... Yo tambien he amado y él me ha arrancado de mi país, de las playas africanas, donde tenia la prenda de mi corazon, y me ha traído sin piedad, tratándome como si no fuera hombre...

—¡Tambien tú!

—¡Tambien!

Y aquel hombre que parecia un negro arbusto que no tronchan los huracanes, dejó caer por sus me-

jillas dos lágrimas, y se puso á llorar como un niño de pocos años.

—Mas, no recordemos mi desdicha, que ya no tiene remedio... continuó; si intentase vengarme, el color de mi cara revelaria el crimen que habia cometido... si quisiese huir, el ruido de mi cadena despertaria á los que me celan...

—¡Ah! ¡Tú lloras, Ismoá!

—Quizá os estraña...

—Me estraña; tanto más, cuando recuerdo que hace solamente un dia agitabas el látigo sobre mi frente y...

—¡Callad!... ¿Sabia yo, acaso, que erais inocente?

—Tienes razon.

—Aquel es el sitio en que mi señor acostumbra á encerrar los soldados criminales, ó los que huyen del combate...

—¡A los criminales, á los cobardes!... ¡Oh, cielo!

—Voy á daros libertad...

—¡Libertad!

—¡Si! Antes que quitaros la vida, se la quitaria al cobarde que lo ha mandado...

—Y yo que te miraba con recelo, y tras tu negra faz creia ver un corazon de mármol... me he engañado.

—La vida y la libertad os doy si me haceis y cumplís un juramento.

—¿Qué juramento?

—No volver nunca á Granada, ó cuidar que jamás os vea Ali-Hassem. ¿Lo jurais?

—Lo juro...

—Sois libre.

—¿Qué hermosa es la libertad?

—¡Ah! ¡Si yo pudiera gozarla!

—Exclamó el negro.

—Espero en vuestra palabra que cumplireis el juramento.

—Si, confía; yo jamás faltó á ella.

—¿Quereis quedaros ahí?

—No; esta misma noche marcho á Africa.

Dijo Almanzor levantándose, y dirigiendo su mirada hácia el Mediodía.

—Pues yo parto á contar los eslabones de la cadena de mi infortunio.

Dijo el negro, cogiendo el caballo que habia estado atado á un árbol durante el diálogo.

Montó de un brinco en él, y partió despidiéndose del jóven, que, al verle marchar, gritó:

—¡Adios, mi bienhechor! ¡Cumpliré el juramento!

El ruido de las pisadas del caballo se aleja... El negro desaparece entre las tinieblas... Y el silencio vuelve á reinar en aquel sitio.

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

(Se conclaira.)

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

D. Luis de Escobedo.

(Continuacion.)

El cortesano marido, sobrado hábil y observador para no ser ciego, consentia de buen grado relaciones que no hubiera podido cortar sino á costa de su privanza. Tal vez fué la princesa de Éboli la única mujer que tuvo un ascendiente positivo y constante sobre el alma de Felipe: pero obstinada y caprichosa, despreciaba la bajeza servil de los palaciegos á quienes humillaba de continuo con desdenes y desaires. Su alma vehemente y ansiosa de placeres buscaba los peligros que trajesen consigo fuertes aunque punzantes emociones. Ligera y vengativa, sacrificaba á un momento de satisfaccion ó de venganza, sus más acertados planes y sus más caros intereses. Con una imaginacion viva y fecunda, con talento pronto y variado, con suma delicadeza de sentimiento, estrañamente conservada en su equívoca posicion, marchaba indiferentemente hácia el bien ó hácia el mal, sin abrigar orgullo por lo uno ni remordimientos por lo otro. Dispuesta siempre á ceder á la fuerza de sus primeras impresiones, disimulaba, sin embargo, con tanta habilidad en ciertos casos, que sus más allegados amigos y sus más antiguos servidores no alcanzaban á comprender la naturaleza de sus sentimientos. Cautelosa y previsora algunas veces, imprudente é indiscreta otras, tan pronto dulce y afectuosa como colérica y vengativa, cinica en la expresion de sus amorosas pasiones ó sublime en su generosidad, la princesa de Éboli era un enigma eterno en la imaginacion de los cortesanos.

A dar cuenta ó á descansar de sus victoriosas campañas y de los trabajos de sus gobiernos volvía á temporadas á Madrid el duque de Alba. Con asiento en su Consejo de Estado, gustaba mucho el rey de escuchar su parecer en los casos difíciles, ya por la franqueza enérgica con que los esponía, ya por la alta experiencia del antiguo y afamado capitán. Tranquilo con el testimonio de su conciencia, severo en el desempeño de sus obligaciones y con ideas caballerescas acerca de los deberes de un vasallo, el duque de Alba no comprendía que nadie pudiese poner su fidelidad en duda, y así nunca adulaba ni tomaba parte en las intrigas palaciegas. El hábito del mando supremo habia impreso en su semblante un sello de altivez que aumentaba su austeridad acostumbrada. Su genio despreciativo y un tanto tolerante solo cedía al ascendiente del rey, cuya superioridad intelectual é inexorable carácter acataba con supersticiosa veneración. Risueño y alegre por acaso, derramaba su buen humor en crudos y vigorosos sarcasmos contra los cortesanos aduladores. Otras veces se burlaba de la hipócrita devoción de prelados palaciegos; pero su aventurada franqueza nunca irritaba al rey que conocía su intención y habia puesto á prueba su lealtad. Amante casi siempre de la corte, uniendo su nombre á las glorias militares de España; D. Juan de Austria se deslumbraba poco á poco con el esplendor de sus hazañas y la altura de su posición. Joven soldado con capacidad y valor para la guerra, entusiasta de la fama de su padre y con toda la imprevisión de sus años, abría su ambiciosa imaginación á las más extravagantes esperanzas. Agradecido al hermano generoso que lo arrancó de la oscuridad clerical á que le condenaba su destino, para elevarlo á la posición más brillante de Europa, daba oídos sin embargo á pérfidos consejeros que le pintaban, como fácil empresa, la adquisición de una gran corona y la realización inmediata de la inmensa monarquía que soñó el emperador. Con fondo de buenas inclinaciones, pero ligero y en algun tanto vanidoso y altivo, daba continuamente motivos de queja á su hermano, que perdonaba sus imprudencias y le proporcionaba en cambio nuevos laureles. Su pretensión dominante era que le pusiese el rey casa de infante de España; en su excusable ambición olvidaba la bastardía de su nacimiento, y no escuchaba el secreto que se contaban al oído los cortesanos sobre el misterio vergonzoso de su origen.

De confesor del desventurado príncipe D. Carlos habia pasado fray Diego de Chaves á dirigir la conciencia del monarca. Con conocimientos casi exclusivamente teológicos, de buenas costumbres pero de escaso talento, figurábase el buen padre que dominaba á su augusto penitente, sin ser más que el primero de los instrumentos en sus manos hábiles y poderosas. Si bien ofrecía la mediación para todos los negocios, no sabía sin embargo de los asuntos del estado más de lo que á los designios de Felipe convenia.

Atendible por el aprecio con que le distinguía el rey, el conde de Chinchón no ocupaba ningun destino importante en la administración del reino. Sus conocimientos eran muy escasos, vacilante y débil su voluntad, limitado y torpe su talento. Habíase educado en compañía de Felipe, quien nunca olvidó á su antiguo discípulo dándole constantemente un lugar á su lado. Ocupóle sin embargo pocas veces y solo en lo que podía fácilmente desempeñar, pues solía decir que no todos los estómagos eran capaces de digerir las grandes fortunas; y que no se corrompía tan pronto ni se reducía á alimento ruin una mala vianda, como las honras excesivas en un alma sin merecimientos.

Tales eran los personajes más influyentes de la corte española cuando entró Antonio Perez al servicio del rey: con ellos habia de tratar todos los días, sea discutiendo los negocios del estado, sea comunicando las órdenes especiales del monarca. Los otros Secretarios encargados de los diversos ramos de la administración, el presidente del consejo de Castilla, el arzobispo de Toledo, el cardenal de Granada, el clérigo Hernando de Escobar, Rodrigo Vazquez y el marqués de los Velez, tuvieron épocas más ó ménos largas de favor y de influjo, mas nunca tan sólida y constante como los personajes nombrados. La grandeza no tenía, como corporación ni como distintivo, alta importancia á los ojos del rey, que conservaba siempre presente los últimos consejos del Emperador. Con antiguos privilegios y riquezas considerables, los grandes de España tenían ciertamente poderosa influencia social, sin alcanzar más importancia política que la que

sus talentos, sus servicios ó su valor les conquistaban.

Príncipes de Alemania y de Bohemia, señores refugiados de Inglaterra y Francia, magnates de Flandes y de Italia que traían á Madrid sus negocios y pretensiones, todos los elementos inquietos de la primera capital del mundo, se chocaban y bullían al pié del trono de Felipe; y en la primer grada, levantado sobre tantas antiguas ambiciones, luchando con tan poderosos rivales, en medio de afanados palaciegos y al lado de los príncipes, supo sentar su firme planta el joven y novicio ministro, sin otra brújula que su talento, sin más antecedentes que su audacia, sin otro apoyo que el reciente aprecio del más hábil y temible de los soberanos.

La penetrante perspicacia de Antonio Perez adivinó pronto los misterios que encerraba aquella corte espléndida y sumisa. La poderosa energía del rey comprimía ó alborotaba á su voluntad los agitados elementos que se derramaban luego por Europa, para comoverla ó espantarla con intrigas gigantescas. Todos aquellos altos personajes, que ostentaban el lujo de su poder en las sillas proconsulares de los gobiernos de Flandes ó de Italia, venían luego á dar cuenta á Madrid y á temblar ante una mirada de su inflexible soberano. La aplicada curiosidad de Antonio Perez, al despachar las consultas y negocios de los gobernadores y generales, al recibir en nombre de Felipe los memoriales y las visitas de los palaciegos, entendió la dificultad, el móvil y los resortes de las pasiones de cada uno. Pero la sagacidad de su talento faltóle para comprender y analizar bien el carácter personal del rey.

Felipe II era, si nos es lícito espresarnos así, la encarnación del hombre en el monarca. Los azares de su vida privada se confundían en la prodigiosa actividad de su vida pública. Sus altos pensamientos nacían siempre abrigados por la corona, que nunca abandonaba su cabeza. Todas sus pasiones se escitaban ó se templaban por las consideraciones del interés de sus reinos. Gobernar era su destino; la prosperidad del estado su objeto; la conveniencia pública su guía.— Reservado en sus resoluciones, seguía frecuentemente un camino impenetrable para la limitada vista de sus consejeros más allegados; y alguna vez parecían contradicciones caprichosas las más lógicas consecuencias de sus secretos designios.

Los primeros años de su juventud fueron pasto de sus fogosas pasiones. Escesos en los tratos amorosos le produjeron enfermedades que afligieron por mucho tiempo su robusta constitución. La afición desmedida á las mujeres era una necesidad de su temperamento; pero sus relaciones traspasaron pocas veces al público, y sus favoritas nunca influyeron en los negocios del Estado. Solo la princesa de Éboli dominó algun tanto su alma severa. Contrario á la molición, jamás se abandonó á los placeres sensuales, ni los admitió sino como una necesidad de la vida que era necesario satisfacer. Pocas veces abría su corazón á los afectos expansivos, pero si sucedía por acaso, no se entregaba á los objetos de su amor ó de su amistad, antes bien estaba siempre pronto á sacrificar sus más tiernos afectos á los intereses de la monarquía.

Su disimulo y entereza en las ocasiones críticas eran la admiración de los cortesanos. Su semblante casi siempre sereno y melancólico, nunca era el espejo de su alma. Impenetrable para todos, abrigaba las mas violentas pasiones sin que los ojos ni los labios manifestasen la emoción mas ligera. Nunca en los triunfos de la próspera suerte, cuando la Europa esperaba temblando sus mandatos, manifestó insolencia ni vanidad; jamás cuando se desvanecieron en humo sus gigantescas esperanzas, pudo verse en su frente la huella del abatimiento de su ánimo. A prueba de las mudanzas de la fortuna, preparando siempre el pecho á la desgracia, parecía á veces que las pasiones humanas no tenían asiento en su corazón. Ganada la batalla naval de Lepanto que, despues de tantos azares, afirmaba el porvenir de la cristiandad, llevando á tan alto punto la gloria del monarca español, llegó un correo cubierto de polvo, ganando horas y minutos, á darle tan fausta noticia: rezaba el rey en el Escorial, y cuando los cortesanos no podían contener los arrebatos de su entusiasmo al escuchar las particularidades de la victoria, el semblante de Felipe permaneció impassible sin que nadie pudiese conocer ni emoción ni alegría: la relación acabada, solo pronunció estas palabras con el tono majestuoso y melancólico que le era habitual: «mucho ha aventurado D. Juan» y volviéndose hácia la iglesia, continuó por

largo rato sus oraciones. Llegado el aviso de la pérdida de la invencible, de aquella magnífica armada destinada á trastornar la faz del mundo, oyó con suma tranquilidad el monarca la infausta noticia que daba en tierra con los proyectos de su ambición, limitándose á decir: «Contra los hombres los envié yo, que no contra los vientos y la mar.» Y cuando el general que por su impericia habia dado ocasión á la destrucción de la flota, cuando el duque de Medina-sidonia pidió licencia para presentarse, no se irritó, ni le reprendió el rey, haciéndole únicamente avisar que descansase un poco antes de venir á la corte.

(Se continuará.)

CUPULA CENTRAL

DEL PALACIO DE LA EXPOSICION EN NUEVA YORK.

En las dos planas del centro de este número damos la vista de la Cúpula y galería principal del soberbio edificio que para la Exposición universal se levantó en Nueva York.

Hoy que tanto se ocupa el mundo científico del que del mismo género se construye en París, y que será sin duda alguna una de las maravillas del siglo, no nos parece fuera de propósito archivar en nuestras columnas los que le han precedido, para que llegue un día en que puedan compararse, estudio que no dejará de ser curioso, tanto bajo el punto de vista artístico, cuanto porque de este modo podrán calcularse los adelantos que la arquitectura y la mecánica han adquirido en esta época, la más á propósito quizá para todas las manifestaciones del ingenio humano.

CANTARES.

Si despues que me muriera
tú me habias de llorar,
por una lágrima tuya
me dejaría matar.

El hombre sin la mujer
es como el arbol sin hojas;
¡de que nos sirven las ramas
si las ramas no dan sombra!

¿De que me sirve en el mundo
la posición y el dinero,
si con solo tu cariño
tengo yo, niña, un imperio?

Son tus ojos, niña mía,
dos relucientes luceros,
que Dios, porque los tuvieras,
los quitó del mismo cielo.

Un corazón sin amor
es una tierra sin fruto;
el infeliz que no quiere,
¿para qué vive en el mundo?

Cada día que se pasa
es un paso hácia la muerte;
antes que demos el último,
hermosa, ¿quieres querermé?

No desprecies el cariño
del hombre que bien te quiera;
mira que el cariño, niña,
no tiene precio en la tierra.

Encuentra el arroyo al río
y el río encuentra á la mar;
yo busco tu corazón,
y no lo puedo encontrar

A la puerta de tu casa
lloviendo está, y yo cantando;
quíereme, hermosa, siquiera
por lo que me estoy mojando.

No sueñes, niña, placeres
para cuando estés despierta;
sueña venturas y dichas
para despues que estés muerta.

Todos en el mundo tienen
un momento de ventura;
juza tú como estará
el que no lo tuvo nunca.

L. B.

Solucion del Geroglífico del número anterior.

Al asno muerto,
la cebada al rabo.

Editor responsable, P. A. LAM / TINIÈRE.

MADRID: 1866.—Imprenta de R. LABAJOS, Cibeza, 12, principal

EN SUS DIAS.

A mi querida prima la señorita doña Dolores Saravia.

Es la vida una cadena y sus eslabones son, lágrimas del corazón que el desengaño envenena. Sólo amargas y pena brinda el mundo con anhelo, y por eso cuando el duelo roba del pecho la calma, si busca consuelo el alma tiene que elevarse al cielo.

A él solo debes mirar si dichosa quieres ser, pues de él emana el placer como del mundo el pesar. Así verás resbalar con ojos de gratitud, tu preciosa juventud, que Dios da ventura y calma, á quien tiene fé en el alma y en el corazón virtud.

Mas ya que pródigo el cielo virtudes y fé te dió, no empañen tu dicha, no, las nubes del desconsuelo. Hu ya de tu alma el desvelo y de tu pecho el pesar; deja al corazón gozar; y por colmar tu alegría, ¡quiera Dios sobre tu día su bendición derramar!

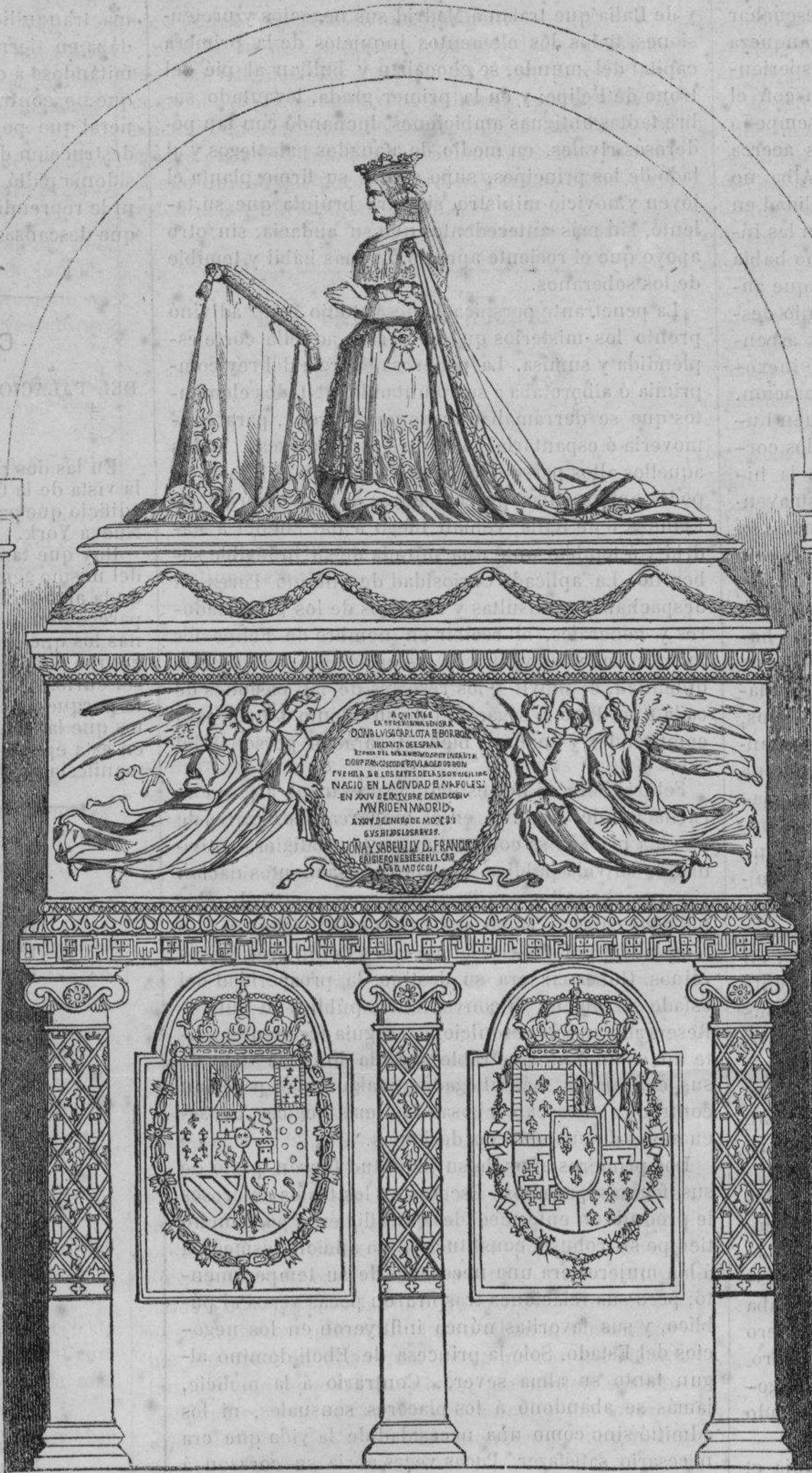
CÁRLOS CANO Y NUÑEZ.

LA NOCHE.

ROMANCE.

Cuando la lóbrega noche su velo enlutado esparce, de la tristeza el emblema y de la muerte la imagen; cuando no se escucha el canto melodiosa de las aves, sino el rumor de la brisa al mecerse en el follaje. Y á la luz viva del sol que no encuentra quien la iguale sustituye opaca luna al finalizar la tarde; todo concluye; y la vida también parece apagarse, que el sueño presta descanso de la vida en el combate. Sólo se siente el murmullo de las olas en los mares, y el monótono ruido que producen al quebrarse. Sólo el triste rumor suena en a meno y fértil valle, del arroyo que le baña con cristalinos raudales; ó el ligerísimo vuelo de la golondrina errante, que abandonando su nido vuelve al nido de sus padres. Huye de mi para siempre, noche despiadada, ó trae otro sol que dé una luz si no más pura, más grande.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.



SEPULCRO DE LA INFANTA DOÑA LUISA CARLOTA, EN EL ESCORIAL.



LA ÚLTIMA AVENIDA DEL SENA.